

Sufrimientos en la prisión Evin

(De "Tiempo para traicionar". Reza Kahlili. Threshold Editions. 2010)

"Mientras estuve en la cárcel deseé muchas veces ser liberada, poder salir y olvidar lo que había ocurrido allí dentro. Pero ahora que estoy fuera, desearía ser una de esas chicas que tuvieron suficiente suerte como para ir frente a un pelotón de fusilamiento. Me quitaron todo en esa cárcel. No me ha quedado nada.

Mataron a Hamid. Teníamos planes de casarnos y tener una familia con muchos hijos. Él era una buena persona, creía en Dios y la justicia. Para poder recuperar su cuerpo, ellos hicieron que sus padres pagaran las balas que usaron para dispararle. Había perdido un ojo. ¡Le hicieron cosas tan terribles! Sus brazos y piernas tenían huesos quebrados sobresaliendo. Cada punto de su cuerpo tenía una quemadura de cigarrillo. La madre de Hamid ahora está en un hospital mental. Perdió la razón después de ver su cuerpo.

Cuando fui liberada de prisión, me apresuré en ir a casa para ver a mi madre, pero ella no estaba allí. Tuvo un ataque cerebral pocos meses después de que fui detenida. Yo no sabía que podía causar tanta agonía y dolor. Siento como si yo misma la hubiera matado. Cada día me culpo por el sufrimiento que le produjo. Le rogaba a Dios, cuando estaba en la cárcel, que me dejase verla una vez más. Le pedí a Dios que me enviara con ella y me permitiera apoyar mi cabeza en su hombro y llorar, para pedir perdón. Ella era todo lo que tenía.

Ahora no quedaba nadie que contara lo que me había ocurrido. No tenía a nadie con quién lamentarme. Mi madre no estaba allí para abrazarme y decirme que estaba bien, que no era mi culpa. No estaba allí para decirme que no era mi culpa que me hubieran golpeado todos los días, azotando mis pies descalzos con cables. No podía contarle que había sangrado tan fuertemente que llegaba a desmayarme, sin saber nunca lo que le hicieron a mi cuerpo inconsciente.

Cuando estaba en confinamiento solitario, esos inmundos, malvados hombres venían a mi celda. Cada vez era un guarda diferente, podrido, sucio, repugnante. Ni los animales harían lo que ellos me hicieron a mí. Me avergüenzo incluso de decir lo que me hicieron. Me violaron, pero fue más que una violación. Ellos me decían las cosas más asquerosas. Cuando terminaban me pateaban en la espalda tan fuerte como podían, arrojándome cerca del excusado, y me decían: "Pedazo de mierda, haz tu namaz ahora".

Soy musulmana. Creo en Dios y mi fe me mantuvo viva allí. Hacía mi namaz cada día, pero esos desvergonzados adoran a Satanás, no a Dios.

Hay miles de chicas jóvenes inocentes allí. Cuando finalmente fui liberada del confinamiento solitario, me llevaron a una pequeña celda, diseñada para pocas personas, pero que tenían más de treinta mujeres. Yo no me quejé por ser estrujada con esas mujeres. Ver sus cuerpos y mentes atormentados me dio la fuerza y el sentimiento de que no estaba sola.

Cada pocos días decían nuestro nombre por el altoparlante. Sabíamos lo que eso significaba, y nos apretábamos más, sosteniendo nuestras manos, y rezando para que

no llamaran nuestros nombres. Pero siempre al menos una o dos de nuestra celda tenían que ir al frente del pelotón de fusilamiento. Podíamos escuchar el sonido de los gritos, los ruegos de perdón, y entonces los disparos llenaban el aire.

Nos alineaban al resto de nosotras y nos hacían sostener una pierna en alto por un largo tiempo. Si te cansabas, te azotaban en la pierna cansada y te hacían sentarte sobre la misma. Algunas de desvanecían por el dolor y el desangramiento. Cada día teníamos que soportar un interrogatorio. Nunca supe lo que querían, ni sabía cómo responder a sus preguntas. No importa lo que dijese, me golpearían. Un día, para responder a sus preguntas, les dije que yo no era parte de ningún grupo de oposición y que no tenía información. Dije que no conocía a nadie entre los Mujaidines. Se irritaron más cuando escucharon ese nombre. Me cortaron en el brazo con un cuchillo y me dijeron que me cortarían la garganta la próxima vez si no confesaba. Al día siguiente me enviaron a un pequeño cuarto oscuro donde otro guardia me violó.

Esa era la rutina.

Tan asqueada y decaída como estaba, nunca perdí la esperanza. Pensaba en Hamid todo el tiempo. Cada vez que era torturada, cada vez que escuchaba el sonido de mis dedos rotos, pensaba en Hamid y los buenos tiempos que tuvimos juntos, y los buenos tiempos que podríamos tener en el futuro. Por la noche, pensaba en mi madre y cómo estaría de feliz cuando yo regresara a casa. Cómo nuestra vida sería la misma y dejaríamos todo esto atrás.

Un día me liberaron. Incluso al pensarlo me vienen escalofríos. Haj Agha Asqar Khoui, un mulá que estaba a cargo de guiar a los prisioneros por el camino islámico, se convirtió en mi amo. En el tercer encuentro que tuve con él, me habló de su interés en mí y dijo que podría arreglar mi libertad si yo accedía a convertirme en su sigheh¹.

No lo pensé mucho. Ser libre era suficiente razón para que tomase una mala decisión. La tomé sin comprender que tenía que entregarme a otra persona demente; sin comprender que estaba comprometiéndome a más tortura y angustia mental aceptando el sigheh, estar temporalmente casada con un hombre que ya tenía una esposa o dos.

Por unos pocos meses no hubo dolor físico, no hubieron golpes, azotes ni huesos rotos. Pero yo estaba asqueada de mí misma, de traicionarme, vendiendo mi orgullo a un mulá a cambio de mi libertad. ¿Era eso realmente libertad? No lo supe en ese momento. No sabía el alto precio que tendría que pagar para recuperar mi vida. La única vida que conocí.

Nada es lo mismo; no volverá a ser igual para nadie que haya estado en esa maldita prisión. Ya no puedo soportar el peso de la culpa. Sé lo que han experimentado muchas chicas y chicos dentro de la Prisión Evin. Quisiera que me hubieran fusilado allí. No puedo volver a ver a ese sucio mulá cada semana y pretender que estar fuera de esa cárcel es libertad.

No puedo seguir viviendo así. Eres habs, un prisionero, para siempre. Eso es lo que le pasa a cada prisionero allí”.

¹ Se trata, en la práctica, de una forma de prostitución legalizada en la ley chiita iraní, en que se realiza un "matrimonio" de corto término para satisfacer los deseos sexuales del "novio".

La joven - cuyo nombre real el autor de origen iraní no revela - fue encarcelada al mismo tiempo que su prometido, porque se descubrió que éste era miembro de los Mujaidines, opositores al gobierno. A ella la liberaron después de un año de encarcelamiento. A él lo torturaron y ejecutaron, como se lee en el testimonio.

La muchacha se ahorcó a sí misma poco después de enviarle esta carta al escritor en respuesta a su pedido de conocer las condiciones que se vivían en esa cárcel donde la hermana menor de un amigo suyo había estado recientemente confinada hasta su muerte.